

condición de los superiores... Esto digo por el P. Alonso Sánchez, el cual, aunque de mucha virtud, pero tiene un modo austero y que da pena, y como el P. Rector no ha hecho ni hace sino lo que él quiere, ha sido causa de mucho desconsuelo» (1). El mismo P. Sedeño, Superior, aunque tan afecto en algunas cosas a los dictámenes del P. Alonso Sánchez, hubo de escribir al P. Aquaviva las siguientes palabras: «El natural que tiene el P. Alonso Sánchez es muy recio y desabrido, y como yo ya tengo experiencia, me parece que pocos le podrán sufrir, y ya que lo hagan, será con mucha violencia, si no fuese gente muy mortificada y perfecta» (2). Por eso advierte que no le parece bueno para Superior este hombre singular. Aunque de todas las cartas se desprendía la idea de que no debía continuar allí el P. Alonso Sánchez, más claro que ninguno lo expresó el P. Hernán Suárez al P. General, suplicándole que sacase de Filipinas a aquel hombre; entre otras razones, decía, «para que atendamos a nuestros ministerios y a darnos a deprender la lengua de los indios» (3).

Movido, sin duda, por estas cartas, y más aun por el miedo de que el P. Sánchez continuase los viajes a la China y comprometiese gravemente a la Compañía por este lado, envió Aquaviva orden precisa al P. Mendoza, Provincial de Méjico, en 24 de Febrero y después en 16 de Junio de 1586, para que, con un pretexto o con otro, sacase de Filipinas y trajese a Méjico al P. Alonso Sánchez (4). Ya éste, como vimos, en aquel mismo mes de Junio se había embarcado para España con la comisión política de que hablamos en el capítulo anterior.

No podemos despedirnos del P. Alonso Sánchez en esta historia de Filipinas sin añadir una circunstancia que nos parece necesaria para prevenir un error. El P. Colin, cuyo libro segundo es un continuo ditirambo en honor del P. Sánchez, emplea un capítulo entero (el XXV) en exponer las «consideraciones de que se ayudaba el Padre Alonso Sánchez para encenderse en el celo de la conversión de los indios». Al leer estas razones (todas muy buenas) y al ver en tantos pasajes de esta Historia y de otras los elogios que se hacen del celo apostólico del P. Alonso Sánchez, creerán indudablemente los lectores que este hombre era un operario infatigable en la conversión de los infieles.

(1) *Philippinarum Hist.*, I, n. 32. Prado a Aquaviva. 24 Junio 1586.

(2) *Ibid.*, n. 57. Sedeño a Aquaviva. Manila, 9 Setiembre 1587.

(3) *Ibid.*, n. 21. Hernán Suárez a Aquaviva. Manila, 17 Junio 1585.

(4) *Mexicana. Epist. Gen.*, 1. A Mendoza. 24 Febrero y 16 Junio 1586.

Pues bien; es de saber que el P. Alonso Sánchez nunca trabajó ni poco ni mucho en la conversión de los indios. Ni en Méjico ni en Filipinas se puso jamás a aprender lengua alguna de los naturales. En Méjico vivió siempre dentro de nuestro colegio de la capital y un poco de tiempo en Puebla. Llegado a Filipinas, empleó los primeros meses en los trabajos del sínodo diocesano, y después hizo los dos viajes a China, durante los cuales claro está que no pudo trabajar con los indios. Vuelto del segundo viaje, perseveró constantemente en Manila un año entero, y en este tiempo, como nos dice su compañero el P. Hernán Suárez, no solamente no trabajaba con los indios, pero ni siquiera quería confesar a los españoles. Los únicos ministerios apostólicos que en este tiempo ejerció fueron un sermón en la catedral y una plática de comunidad en casa. Habiendo pasado ocho años entre Méjico y Filipinas, el P. Alonso Sánchez volvió de las Indias sin haber catequizado ni a un solo indio. Es necesario entender el carácter particular de este hombre. Nunca se empleó en los ministerios con los prójimos. Toda su vida se redujo a tres cosas: primera, oración retirada; segunda, largas disputas dentro de nuestras casas sobre la inteligencia del espíritu de la Compañía; tercera, negocios públicos, eclesiásticos y civiles. El lector juzgará como le parezca de este hombre singular. A nosotros, bástenos el haber presentado el verdadero retrato de este espíritu peregrino, que ni tuvo antecedentes ni dejó sucesores en la historia de la Compañía.

2. Pero volvamos á Filipinas. Apenas retirado de allí el P. Alonso Sánchez, amaneció una nueva vida en aquella casa y empezó a proceder conforme al espíritu de la Compañía. Una pérdida sensible experimentaron poco después, y fué la muerte del P. Hernán Suárez, que murió de disentería el 2 de Setiembre de 1586 (1). Fué muy sentida esta muerte, porque el difunto, hombre de buen ingenio y de sólida virtud religiosa, dotado además de muy buenos modales y algún talento de púlpito, se había ganado la voluntad de todos los españoles y era el que más trabajaba apostólicamente con ellos. Probablemente, siguiendo las indicaciones ya hechas por este mismo Padre, determinó el P. Sedeño corregir el gravísimo yerro que habían cometido, estableciendo su casa tan lejos de la ciudad de Manila. Como le ofrecían desde el principio solares dentro de la

(1) *Philippinarum Hist.*, I, n. 57



ciudad, aceptó algunos de ellos. Formó una iglesia provisional y empezó a trabajar con los prójimos. El éxito fué felicísimo, como el mismo P. Sedeño escribía muy consolado al P. General un año después, en 22 de Junio de 1587. Oigamos sus palabras: «Después que el P. Alonso Sánchez partió, nos pareció a todos los Padres y a mí que, conforme a lo que profesamos y para lo que aquí fuimos enviados, que no cumplíamos estándonos acá tan lejos, y que aunque se trataba de hacernos casa e iglesia allá en la ciudad, que por presto que se hiciese pasarían más de tres años, y que sería bien hacer en siete solares que tenemos en el mejor puesto y más sano de la ciudad una iglesia, en que pudiésemos de pasada predicar y confesar y ejercer los demás ministerios que suele la Compañía... Un caballero rico se ofreció de muy buena gana y no quiso hacer de paja y caña, como nosotros le pedíamos, sino de tablas las paredes y la cobija de tejas, y en espacio de seis meses hizo una iglesia, la más capaz que ahora hay en Manila. Está muy devota y frecuéntanla de casi toda la ciudad. Hay muchas confesiones y comuniones y crece la devoción que el pueblo nos tenía» (1). En esta iglesia provisional empezaron a trabajar con grande aliento los tres Padres de la Compañía que habían quedado en Filipinas, a saber; Antonio Sedeño, Raimundo de Prado y Francisco Almerique.

Sin embargo, algunos meses después otra vez se le cayeron las alas al P. Sedeño y se vió un poco tentado de pusilanimidad. Es el caso que habían llegado a Filipinas, como ya lo insinuamos, los PP. Dominicos, y se habían establecido en uno de los mejores puestos de la ciudad. Como era de suponer, el concurso de los españoles acudió a los recién venidos y disminuyó la gente que acudía a nuestra iglesia. Empezó a sospechar el P. Sedeño que si antes éramos inútiles en Filipinas, más lo seríamos ahora, habiendo venido una lucida comunidad de PP. Dominicos. El 17 de Junio de 1588 escribía algo melancólico a Roma: «Los dominicos han tomado sitio y hecho casa en lo mejor del pueblo, y como vinieron Padres principales y ellos y el Obispo, que es de la misma Orden, acuden tan de veras a llevarse gente, nos quedamos sin casi ninguna» (2). Con todo eso no decayó de ánimo, y dióse a discurrir si podría trabajar algo con los indios de aquellas islas. «Acerca de los indios, escribe en la misma carta, aunque hay muchos, hay mala comodidad para ayudarlos,

(1) *Philippinarum Hist.*, I, n. 54. Sedeño a Aquaviva. Manila, 22 Junio 1587.

(2) *Ibid.* n. 58. Sedeño a Aquaviva. Manila, 17 Junio 1588.

porque las lenguas son diversas, y casi todo está ocupado por frailes. Ahora dejaron una isla los PP. Agustinos, cien leguas de aquí, donde hay más de cincuenta mil almas... Hay tres o cuatro clérigos y el Obispo irá poniendo más.» Apunta otras islas donde tal vez nos podríamos establecer; pero se detiene con la idea que desde el principio le embarazaba de no poder tomar parroquias. Parecíale realmente que no era posible tener cuidado continuo de los indios, sin hacernos párrocos, como solían los frailes. Entretanto, iba construyendo una casa regular para habitación de varios religiosos, y se la costeaba el capitán Juan Pacheco Maldonado, hombre muy cristiano y rico. También le prometía éste hacernos una buena iglesia definitiva, cuando hubiera terminado la construcción de la casa.

En esta indecisión se pasaron los cuatro años de 1586 a 1590. El P. Aquaviva, de vez en cuando insistía en la idea general de que convenía arraigar en Filipinas, y no mirar esta tierra como paso para las misiones de China o Japón. Empero se detenía todavía un poco hasta ver las probabilidades que habría para un sólido establecimiento. El 10 de Julio de 1589 escribía al P. Prado: «Verse ha lo que toca a la fundación que ahí nos ofrecen, y conforme a la resolución que tomáremos también se dará orden de enviar la gente necesaria» (1). Por fin, el año 1590, habiendo recibido varias cartas de Filipinas y escuchado la relación verbal que le dió en Roma del estado de aquellas islas el P. Alonso Sánchez, se decidió nuestro P. General a fundar en Filipinas sólidamente la Compañía, y desde entonces pensó en formar allí una viceprovincia que dependiese de la provincia de Méjico. Cuando envió de Visitador a la Nueva España al P. Avellaneda, le encomendó el fomentar la misión de Filipinas y le dió la facultad de aceptar las fundaciones que le ofreciesen siendo competentes. Además le mandó examinar si convendría encargarse en Filipinas de algunas lecciones de latín y casos de conciencia, formando algún seminario de españoles y naturales. Y para ayudar a los indios, le encargaba ver si se podrían formar un par de residencias en tierra de ellos. «Para todo, decía el P. Aquaviva, procuraremos enviarles sujetos de España, y en particular será necesario que haya en esas partes un Superior, que sea como Viceprovincial de todos» (2).

Mientras en Roma se tomaba esta resolución, también los Padres

(1) *Mexicana. Epist. Gen.*, I. A Prado y Almerique. 10 Julio 1589.

(2) *Ibid.* A Sedeño. 10 Junio 1591.



de Filipinas se lanzaban al trabajo con más decisión que antes. Viendo que el P. General insistía siempre en que no pensasen en el Japón ni en la China, sino en trabajar en aquellas islas, se resolvieron a poner manos de veras a la obra. Llegaron, como dijimos, a mediados de 1590 el P. Pedro Chirino, y el H. Francisco Martín. Con esto, el P. Sedeño escribió al P. Aquaviva que se habían consolado mucho, y dice: «Luego comenzaremos a deprender la lengua.» Nótese esto bien: hasta entonces no habían aprendido ninguna lengua de indios, sino solamente habían estudiado algo la lengua de los chinos, porque pensaban que con ellos podrían trabajar más; empero ahora, tal vez por las indicaciones del recién llegado P. Chirino, se aplicaron todos a aprender, como dice el P. Raimundo de Prado, la lengua común del país; «pues el sangley (chino) no parece tan necesario, porque los dominicos se han encargado de doctrinar a los sangleyes» (1). Dios Nuestro Señor parece que bendijo esta resolución de nuestros Padres en Filipinas, y desde entonces empezó a vivir pujante la Compañía en aquellas islas.

3. Después de diez años de timidez y vacilaciones, por fin, en el mes de Enero de 1591, salió la Compañía de Manila y empezó a trabajar entre los infieles. Esta primera salida la hizo el P. Pedro Chirino, que se había adelantado mucho en el estudio de la lengua. Invitado por cierto prebendado de Manila, salió para un pueblo llamado Balayán, catorce leguas distante de la capital. Habían predicado allí un año antes algunos PP. Franciscanos, y quedaban algunas personas bien doctrinadas en la fe por aquellos santos varones. Entrando, el P. Chirino empezó a evangelizar a los indios y, lo que ellos estimaron mucho, a servir fervorosamente a los atacados de cierta peste de viruela que entonces afligía al pueblo. Eran muchos los niños y viejos que perecían sin remedio por esta enfermedad. Nuestro misionero hacía que le avisasen al instante de los que caían enfermos. Acudía presuroso, entraba en todas las casas por incómodas é infectas que estuviesen, catequizaba como podía a los moribundos y les administraba el bautismo; si ya eran cristianos les disponía para la muerte con los otros Sacramentos de la Iglesia. Fué grande la estimación que esta caritativa asistencia a los enfermos y el cuidado de enseñar a todos la doctrina granjeó a nuestro misionero en todo el pueblo de Balayán, que no constaba de una sola parte principal, sino

(1) Véanse las dos cartas de Sedeño y de Prado de Junio de 1590 en *Philippinarum Hist.* I, nn. 60 y 61.

que tenía dividida su población en varios sitios algo distantes entre sí. Detúvose principalmente el P. Chirino en uno que llamaban Lyan. Allí celebró el miércoles de Ceniza, y allí asistió unos dos meses, derramando en torno suyo los beneficios espirituales que el celo apostólico suele difundir sobre todo en las almas de los pobres y enfermos (1).

Esta salida a Balayán fué muy estimada y agradecida por el Obispo, que con grande gozo vió, por fin, a los jesuitas lanzarse a la evangelización de los indios. Por eso, ofreciéndose un partido destituido de clérigos a unas seis leguas de Manila en dos pueblos vecinos llamados uno Taytay y el otro Antipolo, determinó encargarlos a la Compañía. Por Marzo de este mismo año 1591 el P. Pedro Chirino pasó al cuidado de estos dos pueblos, que con el tiempo fueron creciendo felizmente, no sólo en el número de los cristianos, sino también en la religiosidad con que vivían. Véase las palabras con que resume brevísimamente el mismo P. Chirino el fruto espiritual que él y otros Padres recogieron en los últimos diez años del siglo XVI. «Diré sólo ahora, escribe Chirino, que al cabo de diez años yo solía decir, a imitación de San Gregorio Taumaturgo, que daba a Nuestro Señor muchas gracias, porque cuando entré allí (en Taytay y Antipolo) había apenas cuarenta cristianos, y al cabo de este tiempo no había cuatro infieles, habiéndose bautizado por mano de los Nuestros, si no me engaño, más de siete mil almas, y hoy son de las mejores cristiandades que tiene la Iglesia, y que ninguna de las de estas partes le hace ventaja» (2).

Aun temporalmente fué provechosa la estancia del P. Chirino en el nuevo pueblo, pues consiguió que los de Taytay se trasladasen a sitio más cómodo y salubre. Habíase edificado el pueblo a la orilla de un estero o arroyo que en ciertos tiempos de lluvias se desbordaba, inundando, no sólo las casas, sino también una pequeña iglesia que solía quedar inútil durante unos tres meses del año. Cuando esto vió el Padre, llamó un día a los cuatro principales indios de Taytay, y enseñándoles el agua, que llegaba hasta el mismo altar, les dijo: «Yo necesito decir misa todos los días, y ya veis que en esta iglesia es imposible. Mientras no hagáis otra iglesia en aquella cuesta (y señaló un sitio muy bueno y oportuno), yo me retiro al pueblo de Antipolo, y allí me tendréis a vuestra disposición. Deseosos los bue-

(1) Chirino, *Relación de las islas Filipinas*, c. 8.

(2) *Ibid.*



nos indios de no perder la presencia del Padre, apresuráronse a construir una iglesia en el sitio designado, y esta iglesia fué poco a poco atrayendo las casas de los neófitos, de suerte que al cabo de algunos años todo el pueblo de Taytay se hallaba edificado en el sitio seco y conveniente que había designado el misionero (1).

4. El año siguiente, por Enero de 1592, hubo de extenderse el P. Chirino a otra misión que dió felicísimo resultado. Convidáronle de la isla de Panay (diócesis de Cebú) a que predicase el Evangelio en una encomienda llamada Tigbauan, que encerraba muchos pueblos de Indios y pertenecía al noble caballero Esteban Rodríguez de Figueroa. Llegó a la isla el misionero y halló en ella dos géneros de indígenas: los bisayas, que habitaban generalmente el centro del archipiélago, y una raza de negros feos, aviesos, salvajes y vagabundos, que discurrían como fieras por los montes y rincones de la isla. De estos negros no pudo conseguir nada el misionero, porque no había medio de juntarlos en algún punto para doctrinarlos. En cambio, los bisayas le ofrecieron un campo feracísimo en frutos espirituales. Observó que eran hombres laboriosos, de regular entendimiento y bastante bien inclinados. Aunque al principio tropezó con la dificultad de que hablaban una lengua distinta del tagalo, que él había aprendido en Manila; pero pronto dominó este obstáculo, y llegándose a entender con aquellos hombres, empezó á instruirlos con felicísimo resultado. Oigamos sus palabras, que son muy expresivas:

«La gente es muy inclinada al trabajo, y así se los ve siempre ocupados a ellos en sus pesquerías y labranzas y a ellas en sus hilados y telas. Lo que en tan buena gente y tan dispuesta para el Evangelio hicimos en los dos años que vivimos entre ellos, menos se puede decir que lo que no hicimos. Porque como los de la Compañía de Jesús entonces éramos tan pocos y tan pocas las esperanzas de multiplicarnos, no nos atrevíamos a hacer más de lo que probablemente pensábamos se podía conservar. Y no nos engañamos, porque hoy allí, donde eran bien menester unos doce ministros, no hay sino un solo clérigo. Por esto ni adultos ni criaturas nos atrevíamos a bautizar, fuera de extremo peligro, sino sólo de la cabecera, que es Tigbauan, y de otros dos o tres pueblos que están en contorno, distancia de dos millas y menos. Con todo eso, se predicó la fe por toda

(1) Chirino, *Relación de las islas Filipinas*, c. 9.

la comarca en su lengua haraya, y en la misma lengua se les puso y enseñó la doctrina cristiana y catecismo, que antes no le tenían sino en la bisaya, que es diferente de la que ellos hablan. Hiciéronse muchos templos, confirmáronse en la fe algunos que había bautizados, apartáronse algunas malas amistades y se convirtieron en matrimonios cristianos. En Tigbauan y sus aldeas, demás de muchos bautizos de infantes y adultos, se introdujeron los santos sacramentos de la confesión, comunión y extrema unción, de que no tenían uso ni aun casi noticia. Celebráronse las fiestas con vísperas y misas solemnes, particularmente en las Pascuas y Semana Santa. Juntóse una gran escuela de niños de toda la comarca que aprendieron a leer y escribir, tañer y cantar, y de ella salían dos cada semana para cada una de las iglesias de la comarca que tuviese cuidado de ella y de juntar todas las tardes la gente de su pueblo a decir la doctrina delante de la iglesia, como se hacía en Tigbauan» (1).

Desde este pueblo pasó el P. Chirino de tiempo en tiempo a predicar en la villa de Arévalo, fundada por los españoles, algunas leguas de allí. También fué provechoso este trabajo del misionero para los españoles, y de él resultó para la Compañía otro bien, que fué muy de estimar. El ilustre encomendero Esteban Rodríguez de Figueroa, edificado de los trabajos apostólicos del P. Chirino, se confirmó en la idea, que parece había concebido antes, de fundar el colegio de Manila, y, en efecto, algún tiempo después dotó a este colegio de una renta de mil pesos (2).

Mientras de este modo se desvelaba el P. Chirino por el bien de los indios en la isla de Panay, llegaron a Filipinas dos sujetos: el P. Martín Enríquez, joven navarro lleno de fervor y celo apostólico, y el H. Juan Próspero, coadjutor, natural de Oajaca. Fué destinado el P. Enríquez al pueblo de Taytay, y trabajó tanto allí con los indios, que su excesivo fervor le atrajo la muerte al año no cumplido de estar en Filipinas. «Era este hombre, dice Chirino, tan fervoroso y eficaz, que en tres meses tenía aprendida la lengua y en seis compuestos en ella catecismo y confesonario, y aun sermonario de todos los domingos y fiestas y de los Novísimos y otras materias provechosas para aquellos pueblos, los cuales respetaban mucho su

(1) *Relación de las islas Filipinas*, c. 11.

(2) No sabemos a punto fijo cuándo concibió este pensamiento Rodríguez de Figueroa, pero debió ser algunos años antes, pues el P. Alonso Sánchez lo anunció de palabra al P. Aquaviva cuando estaba en Roma. Vid. Colin-Pastells, t. I, pág. 505.



pureza de vida y la fuerza con que les predicaba. Vile dejar la comida por ir a dar el bautismo o extrema unción a un enfermo. Era devotísimo de Nuestra Señora, y siempre que se ponía a estudiar sacaba una pequeña imagen suya que traía consigo y la ponía sobre la mesa, para tenerla delante. Todos los días le vi, entre otros santos ejercicios, rezar su Rosario; tener media hora de oración las tardes (demás de la hora entera de la mañana) y azotarse todas las noches. Era incansable en el trabajar, y por trabajar mucho dormía poco, y así no pudo con tanto. Murió santamente el mismo año que llegó a Filipinas» (1). A los pocos días, según parece, por el trabajo que puso en asistir a este Padre y a otros indios enfermos que había en Taytay, expiró también santamente el buen Hermano Juan Próspero.

Otra vez se sintió desolado el P. Sedeño y escribía al P. Aquaviva deplorando su soledad: «Murieron el P. Enríquez y el H. Juan Próspero. De presente no somos más de cuatro sacerdotes, y dos (PP. Chirino y Almerique) tienen cuidado de indios, y el P. Ramón (de Prado) y yo estamos aquí en Manila con algunos Hermanos coadyutores» (2). Esta soledad y las muchas ocupaciones que se ofrecían en Manila y Taytay movieron al P. Sedeño a llamar a Manila al fervoroso P. Chirino, quien se despidió de la isla de Panay en la primavera de 1595 (3).

5. Ya entonces se estaba disponiendo el negocio antes resuelto por el P. Aquaviva de fundar en Filipinas una viceprovincia. Habíase pensado, naturalmente, hacerla dependiente de Méjico; pero los Padres de Filipinas veían en esto ciertas dificultades. Escribiendo al P. Aquaviva el 17 de Junio de 1594 los tres PP. Sedeño, Prado y Almerique representan si no sería mejor subordinar la futura viceprovincia, no a la de Méjico, sino a alguna de España. Las principales razones eran: «Primera, que la provincia de Méjico es también falta de obreros y no es suficiente para proveerse a sí misma de obreros, sino que también los mendiga de España ó Italia, y así mal puede ella socorrer a lo de acá con gente. Item, la provincia de Méjico tiene también sus indios hartos, y así los que se inclinan a este ministerio tienen bien donde los ocupar y tienen falta de ellos. Pues teniendo indios tan cerca, ¿para qué o cómo han de tener voca-

(1) *Relación de las islas Filipinas*, c. 12.

(2) *Philippinarum Hist.*, I, n. 72. Sedeño a Aquaviva. Manila, 19 Junio 1594.

(3) *Relación de las islas Filipinas*, c. 12.

ción de dejar aquellos e ir a buscar estotros? Las provincias de Castilla son todo al revés, que abundan de sujetos de los cuales muchos tienen vocación de Indias, y éstos, si se nos envían acá, harían grandes cosas y bastarían para poblar esta viceprovincia» (1). Otras razones de momento proponían, pero no pudieron valer ante la dificultad que surgía de la misma naturaleza de las cosas, digámoslo así. La misión de Filipinas se había derivado de Méjico, no había camino entonces para el archipiélago desde España, sino pasando por Méjico. ¿Cómo era posible, pues, romper este lazo que unía tan estrechamente aquellas misiones del Extremo Oriente con la provincia de Nueva España? Resolvió, pues, el P. Aquaviva que dependiese de Méjico la viceprovincia de Filipinas, y nombró por Viceprovincial al mismo P. Sedeño. Ejecutóse este nombramiento en Junio de 1595 cuando llegaron de Nueva España ocho Padres de la Compañía para reforzar aquellas misiones. «No es creíble, dice el P. Chirino, el alegría que nos dió a nosotros y a las repúblicas de Manila y de Cebú la llegada de estos Padres. Los unos y los otros comenzaron luego a pedirnos gente, los de Manila para estudios y escuelas de que tenían necesidad sus hijos, los de Cebú para colegio que deseaban en su ciudad. Por otra parte, el Gobernador, que entonces entraba a serlo Antonio de Morga, hizo instancia en que la Compañía tomase provincia de indios como las demás religiones, y los mismos indios, con algunos encomenderos, apretaban más esta demanda» (2).

El P. Antonio Sedeño, habiendo consultado el caso con los otros, resolvió satisfacer a españoles e indios, distribuyendo su gente en cuatro partes principales. Resolvió fundar dos colegios, uno en Manila y otro en Cebú, y además enviar cuatro misioneros a las islas de Pintados. La primera isla que fué ocupada por la Compañía fué la de Leite, al Sudeste de Manila. «Fuimos, dice Chirino, de los nuestros cuatro sacerdotes a la isla de Leite, a la cual llegamos por el día del triunfo de la Santa Cruz, 16 de Julio del mismo año 1595. Quedaron los dos en Carigara, en casa de Cristóbal de Trujillos, señor de aquella encomienda y señalado devoto y benefactor nuestro, donde luego nos fabricó la primera casa que tuvimos en esta isla. Los otros dos

(1) *Philippinarum Hist.*, I, n. 70.

(2) *Ibid.* Véanse también *Philipp. Litterae annuae*, 1595. Entraba a gobernar la colonia Antonio de Morga por muerte de Gómez Pérez Dasmariñas, trágicamente asesinado por los chinos en Octubre de 1593. Su hijo, Luis Pérez Dasmariñas, gobernó interinamente hasta la llegada de Morga. Véase Colin-Pastells, t. I, págs. 600-603.